

## EL PRÉSTIGIO DEL PADRE JUBAL

Con el corazón oprimido de temor y orgullo comencé á prepararme para el bachillerato. El profesor de aquella clase, el padre Jubal, no era seguramente, muy terrible; no tenía el aspecto de un hombre cruel; más bien parecía una señorita. Pero se sentaba en una silla alta y negra y aquello le hacía parecer espantoso. Su voz y sus miradas eran dulces, tenía el cabello rizado, las manos blancas, el alma bondadosa. Era más semejante á un borrego que á un profesor.

Mi madre, habiéndole visto un día en el salón, murmuró: «Es muy joven». Y lo dijo de cierta manera...

Empecé á no temerle cuando me vi obligado á admirarle. Esto sucedía mientras yo recitaba mi lección, unos versos del padre Gauthier, acerca de los primeros reyes de Francia.

Yo decía cada verso sin respirar y como si fuese una palabra única.

Dicen-que-fué-Pharamoud-el primero-de-aquellos-reyes á-los-cuales-enaltecían-los-francos-y-los-galos. Clodion-conquista-Cambrai-luego-reina-Meroveo....

Aquí me detuve de repente repitiendo: *Mero-veo, Meroveo, Meroveo*. Esta rima, mezclando lo útil á lo agradable, me recordó que cuando reinaba *Meroveo*, Lutecia fué *preservada*... ¿Pero de qué? Me era imposible decirlo, pues lo había olvidado por completo. Confieso que la cosa no me llamó la atención. Tenía la idea de que Lutecia era una señora vieja. Estaba contento de que hubiese sido preservada, pero en realidad sus asuntos me interesaban muy poco. Desgraciadamente el padre Jubal tenía gran interés en que yo dijera que había sido preservada. Yo hacía: «¡Heu... Meroveo!... Heu, heu, heu.»

Le hubiera dado mi lengua al gato á poco que esto hubiera sido costumbre en la clase de preparatorio. Mi vecino Fontanet se burlaba de mí, y el padre Jubal se limaba las uñas.

Al fin:

—Del furor de Atila, Lutecia fué preservada,

me dijo—. Puesto que había usted olvidado este verso, señor Nozière, era mejor inventarlo que pararse. Podía usted haber dicho:

De la invasión de Atila, Lutecia fué preservada,  
ó bien

Del sombrero Atila, Lutecia fué preservada,  
ó más elegantemente:

Del terrible Atila, llamado el castigo de Dios, Lutecia  
[fué preservada.

Se pueden cambiar las palabras, respentando siempre la rima.

Tuve una mala nota; pero el padre Jubal adquirió gran prestigio á mis ojos, por su facilidad poética. Aquel prestigio había de aumentarse aún.

El padre Jubal, á quien sus funciones ligaban á la Gramática de Noël y Chapsal, y á la *Historia de Francia* del padre Gauthier, no descuidaba la enseñanza moral y religiosa.

Un día, no sé á propósito de qué, con aspecto muy grave nos dijo:

—Hijos míos, si tuviéseis que recibir á un ministro os precipitaríais para hacerle los honores de la casa como á un representante del soberano. Pues bien, ¿qué homenajes no debéis rendirles á los sacerdotes, que representan á Dios sobre la tierra? Tan por encima está Dios de los reyes, como los sacerdotes por encima de los ministros.

Nunca había yo recibido á un ministro, y no esperaba recibirlo en mucho tiempo.

Es más, tenía la seguridad de que si alguno fuese á mi casa, mamá dispondría que yo comiera con las criadas, como sucedía siempre que iban convidados de cumplido.

Tampoco dejé de comprender que los sacerdo-

tes son prodigiosamente respetables, y aplicando al padre Jubal esta verdad, sentí gran emoción. Recordaba haberle puesto á Fontanet, en presencia suya, un muñeco de papel en la espalda. ¿Era esto respetuoso? ¿Le hubiera yo puesto á Fontanet un muñeco de papel en la espalda en presencia de un ministro? Seguramente, no. Y sin embargo, le puse aquel muñeco sin mala intención, pero en presencia del padre Jubal, que es más que un ministro. ¡Y hasta sacaba la lengua el tal muñeco!

Mi alma se iluminó. Viví acribillado de remordimientos. Formé la firme resolución de honrar al padre Jubal, y cuando se me ocurrió desde entonces meter chinitas entre el pescuezo y la ropa á Fontanet durante la clase, y dibujar hombres en el mismo pupitre del padre Jubal, al menos lo hice con la satisfacción de conocer toda la intensidad de mi falta.

Algún tiempo después tuve ocasión de medir la grandeza espiritual del padre Jubal.

Estaba yo en la capilla esperando con dos ó tres compañeros que me llegara el turno de confesarme. Declinaba el día. El resplandor de la lámpara perpetua hacía temblar las doradas estrellas de la bóveda oscura. En el fondo del coro la virgen pintada se borraba con la vaguedad de una aparición. El altar estaba cubierto de jarrones relu-

cientes llenos de flores; el olor á incienso flotaba en el aire; se entreveían confusamente mil cosas, y hasta el aburrimiento—esa enfermedad terrible de los niños—adquiría un tono dulce en la atmósfera de aquella capilla.

Era de noche. De pronto vi al padre Jubal avanzar, con un farolillo, hacia el coro. Luego hizo una profunda genuflexión, y abriendo la barandilla, subió los escalones del altar. Yo le observaba; deshi o un paquete del que salieron guirnaldas de flores artificiales semejantes á las ramas de cerezas que en el mes de Julio unas mujeres viejas venden por la calle. Y me maravillaba de ver á mi profesor acercarse á la Inmaculada Concepción. Se metió un puñado de tachuelas en la boca, y al principio temí que fuese para tragárselas, pero era para tenerlas al alcance de la mano. Se subió á una escalera y comenzó á clavar las guirnaldas alrededor de la hornacina de la Virgen. Pero bajaba de vez en cuando de la escalera para juzgar á distancia el efecto de su labor y parecía quedar satisfecho; sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos alegres; acaso hasta hubiera sonreído á no ser por las tachuelas que tenía en la boca; y yo le admiraba con todo mi corazón. Aun cuando el farolillo, que estaba en el suelo, le alumbraba las narices de una manera risible, yo le imaginaba imponente de hermosura.

Comprendí que sin duda era muy superior á los ministros, conforme lo había insinuado en un hábil discurso. Pensé que montar un caballo blanco para ganar una batalla, no era una cosa tan bella y deseable como colocar guirnaldas en la pared de una capilla. Comprendí que mi vocación era imitarle.

Le imité desde aquella misma noche en mi casa, cortando con las tijeras de mi madre todo el papel que pude encontrar y haciendo guirnaldas. Mis estudios se resintieron con esto. Sobre todo mi ejercicio de idioma, en proporciones considerables.

Era un ejercicio conforme al manual de un señor Coquempot, cuyo libro era un libro cruel. No soy rencoroso, y si aquel autor hubiese tenido un nombre menos memorable, le hubiera olvidado generosamente. Pero no se olvida Coquempot.

No quiero abusar contra él de esta circunstancia fortuita. Sin embargo, séame permitido extrañarme de que tenga que hacer ejercicios tan dolorosos para aprender un idioma que se llama materno y que mi madre me enseñaba muy bien solamente con hablar delante de mí. Porque, hablaba muy bien mi madre!

Pero el padre Jubal estaba convencido de la utilidad de Coquempot, y como no podía com-

prender mis razones, me puso una mala nota. El año escolar terminó sin ningún incidente notable. Fontanet se dedicó á criar orugas dentro de su pupitre. Entonces yo las crié también, por amor propio, aunque me inspiraban horror. Fontanet odiaba á Coquempot; aquel odio nos unía. Con sólo oír nombrar á Coquempot cambiábamos, de banco á banco, miradas de inteligencia y guiños expresivos. Aquello nos vengaba. Fontanet me hizo saber que si se estudiaba también á Coquemport en el curso siguiente se alistaría de grumete en un barco. Aquella resolución me agradó, y prometí á Fontanet marcharme con él. Nos juramos amistad eterna.

El día de la distribución de los premios estábamos desconocidos Fontanet y yo. A ello contribuía sin duda el primor con que nos habían peinado. Nuestras blusas nuevas, nuestros pantalones blancos, la afluencia de parientes, el estrado adornado con banderas, todo aquello me inspiraba la emoción de los grandes espectáculos. Los libros y las coronas formaban un conjunto resplandeciente, en el cual trataba yo de adivinar mi parte, y me estremecía en mi banco. Pero Fontanet, más juicioso, no interrogaba al destino, conservando una tranquilidad admirable. Volviendo en todos sentidos su cabecita de hurón, observaba las narices diformes de los padres y los sombreros ri-

dículos de las madres con una tranquilidad imperturbable, de que yo era incapaz.

La música estalló. El director, habiéndose puesto sobre la sotana el manto de ceremonia, apareció al lado del general con gran uniforme y á la cabeza de los profesores. Los reconocí á todos. Se colocaron en su sitio, según su categoría, detrás del general: primero el subdirector, luego los profesores de clases superiores; el Sr. Schuwoer, profesor de Solfeo; el Sr. Trocullón, profesor de Escritura, y el sargento Morin, profesor de Gimnasia. El padre Jubal apareció el último, y se sentó en el fondo sobre un taburete que por falta de sitio sólo tenía tres patas en el estrado y atravesaba la lona con la cuarta. Además, el padre Jubal no pudo conservar mucho tiempo aquel humilde sitio. Personajes de más entidad sin duda, presentándose á deshora, le relegaron á un rincón, donde desapareció debajo de una bandera. Le pusieron una mesa delante, y no se le vió más. A Fontanet le divirtió mucho aquella supresión. Yo estaba confuso de que dejaran arrinconado, como si fuese un paraguas, á una persona que sobresalía entre las flores y los versos y que representaba á Dios sobre la tierra.

## VIII

### LA GORRA DE FONTANET

Todos los sábados nos llevaban á confesar. Si alguien pudiera decirme por qué, se lo agradecería mucho. Aquella práctica me inspiraba gran respeto y aburrimiento. No creo que el capellán tuviese mucho interés en oír mis pecados, pero á mí me resultaba muy desagradable decirselos. La primera dificultad consistía en encontrarlos. Quizá me crean ustedes si les digo que á los diez años yo no poseía las cualidades psíquicas y los métodos de análisis que me hubiesen permitido explorar racionalmente mi conciencia interna.

Sin embargo, había que tener pecados, pues sin pecados no había confesión. Es cierto que me entregaron un librito que los catalogaba todos. No tenía más que elegir. Pero la misma elección era difícil. ¡Había tantos y tan oscuros sobre el hurto, la simonía, la prevaricación, la fornicación, la concupiscencia! En aquel libro encontré: «Me acuso de haber desesperado». «Me acuso de haber oído conversaciones deshonestas». Aquello tampoco dejaba de preocuparme.

Por lo cual, generalmente me limitaba al capítulo de las distracciones. Distracciones en el oficio, distracciones durante las comidas, distracciones «en las asambleas», lo confesaba todo, y el deplorable vacío de mi conciencia me avergonzaba.

Me humillaba no tener pecados. Un día pensé en la gorra de Fontanet; ya había encontrado mi pecado; ¡estaba resuelto!

Desde aquel día deposité á los pies del capellán el peso de la gorra de Fontanet.

Por mi afán de maltratar en ella los bienes ajenos, la gorra de Fontanet me inspiraba cada sábado, durante algunos minutos, vivas inquietudes sobre la salvación de mi alma.

La llenaba de arena, la tiraba á los árboles, de donde era menester bajarla á fuerza de pedradas, como una fruta verde; la usaba de paño para borrar las figuras dibujadas con yeso en el enceraído; la echaba por un tragaluz á cuevas inaccesibles, y cuando al salir de clase el ingenioso Fontanet conseguía encontrarla, ya no era más que un harapo asqueroso.

Pero un hada velaba sobre su destino, pues á la mañana siguiente aparecía sobre la cabeza de Fontanet con el imprevisto aspecto de una gorra limpia, casi elegante, y aquello repetíase todos los días. Aquella hada era la hermana de Fontanet.

net. Basta ese rasgo para que se la juzgue hacendosa y pulcra.

Más de una vez, mientras me arrodillaba al pie del sagrado tribunal, la gorra de Fontanet se hallaba por mi culpa en el fondo de la zanja del jardín. Entonces mi situación era algo delicada.

¿Y qué sentimiento me animaba contra aquella gorra? La venganza.

Fontanet me perseguía á causa de una escarcela de forma antigua y extraña que mi tío, hombre económico, me había regalado, por mi desgracia. Era demasiado grande para mí, ó yo era demasiado pequeño para ella. Además, aquella escarcela no se parecía á una escarcela, por la sencilla razón de que no lo era. Era una antigua cartera que se estiraba como un acordeón y á la cual el zapatero de mi tío había puesto una correa.

Aquella cartera me era odiosa y no sin razón, pero hoy no creo que fuese bastante fea para merecer las indignidades que la hacían. Era de piel encarnada con orlas de oro, y llevaba sobre su cierre de cobre una corona y un escudo. Una seda pasada, que fué azul, la forraba interiormente. ¡Si existiese aún, con cuánta atención la examinaría! Pues al recordar la corona, que debía ser una corona real, y el escudo, sobre el cual se veían aún (á no ser que yo lo haya soñado) tres

flores de lis mal borradas con un cortaplumas, hoy imagino que aquella cartera debió pertenecer en su tiempo á un ministro de Luis XVI.

Pero Fontanet, que no se daba cuenta de su pasado, no podía verla en mi espalda sin tirarle bolas de nieve ó castañas de la India, según la estación, y pelotas de goma durante todo el año.

El caso es que mis camaradas y Fontanet no tenían más que un motivo de queja contra mi escarcela: su forma extraña. No era como las otras; de ahí todos los males que me ha ocasionado. Los niños tienen un sentimiento brutal de la igualdad. No sufren nada distintivo ni original. Y mi tío, al hacerme tan pernicioso regalo, no había observado este carácter. La cartera de Fontanet era horrible; sus dos hermanos mayores habíanla á su vez arrastrado por los bancos del Liceo; no podía ya ensuciarse; el cuero estaba desgarrado; las hebillas, desaparecidas, estaban reemplazadas por bramantes; pero como no tenía nada de extraordinario, Fontanet no sufrió ninguna molestia. Y yo, cuando entraba en el patio del colegio con mi escarcela á la espalda, me veía inmediatamente ensordecido por los abucheos, rodeado, magullado, derribado al suelo boca abajo. Fontanet llamaba á todo aquello hacerme hacer la tortuga y se montaba en mi carapacho. No pesaba

mucho, pero yo me sentía humillado. En cuanto me ponía de pie me abalanzaba sobre su gorra.

¡Su gorra estaba siempre nueva y mi cartera indestructible! Nuestras violencias se encadenaban por una inexorable fatalidad, como los crímenes en la antigua casa de los Atridas.

## IX

## LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE DECIO MUS

Esta mañana, revolviendo libros en los baratillos, encontré en el montón de á diez céntimos un tomo descabalado de Tito Livio. Al hojearlo, por casualidad vi esta frase: «Los restos del ejército romano ganaron Canusium favorecidos por la noche.» Y esta frase trajo á mi memoria el recuerdo del señor Chotard. Cuando pienso en el señor Chotard es para largo rato. Pensaba todavía en él al entrar en casa á la hora de almorzar. Y como una sonrisa asomaba á mis labios, me preguntaron la causa.

—La causa, hijos míos, es el señor Chotard.

—¿Quién es ese Chotard que te hace sonreír?

—Os lo voy á decir. Si os aburro, procurad, sin que yo lo note, distraeros, y permitidme suponer que os interesan tanto como á mí tales narraciones.

A los catorce años, estudiaba yo el tercero de bachillerato, y mi profesor, que se llamaba Chotard, tenía cara de fraile. Después de haber sido una de las más dulces ovejas del rebaño de San Francis-

co, colgó los hábitos en 1830 para ponerse de nuevo el de seglar, sin conseguir nunca llevarlo con elegancia. ¿Qué razón tuvo el hermano Chotard para conducirse de aquel modo? Unos dicen que fué el amor; otros dicen que fué el miedo, y que, habiendo después de las Tres Gloriosas arrojado el pueblo soberano algunos tronchos de coles á los capuchinos de \*\*\*, el hermano Chotard saltó los muros del convento para evitar á los perseguidores un pecado tan grande como el de maltratar á un capuchino.

Era un hombre prudente y sabio. Se graduó en la Universidad, dió lecciones y vivió tanto y tan bien, que sus cabellos encanecían, sus mejillas florecían y se le enrojecían las narices cuando fuí conducido con mis compañeros á su cátedra.

¡Qué profesor de tercer año más belicoso teníamos en él! Había que verle cuando, texto en mano, conducía hacia Filipos los soldados de Bruto. ¡Qué valor, qué grandeza de alma, qué heroísmo! Pero elegía su tiempo para ser un héroe, y aquel tiempo no era el presente. El señor Chotard se mostraba inquieto y temeroso en el transcurso de la vida. Se asustaba con facilidad.

Tenía miedo á los ladrones, á los perros rabiosos, á los truenos, á los coches y á todo aquello que puede, de cerca ó de lejos, estropear la piel de un hombre honrado.

Es justo decir que sólo su cuerpo alternaba con nosotros; su alma estaba en la antigüedad. Aquel excelente hombre vivía en las Termópilas con Leónidas, en el mar de Salamina, en la nave de Temístocles, en los campos de Cannes, junto á Pablo Emilo; caía ensangrentado en el lago de Trasmieno, donde más tarde un pescador encontrara su anillo de caballero romano. Desafiaba á Farsalia, César y los dioses; agitaba su espada rota sobre el cadáver de Varo, en el bosque de Hercinia. Era un extraordinario guerrero.

Resuelto á vender cara su vida en el borde de Egos-Potamos, y orgulloso de vaciar la copa liberadora en Numancia sitiada, el señor Chotard no desdeñaba recurrir con los experimentados capitanes á las más pérfidas estratagemas.

—Una de las estratagemas que es más recomendable—nos dijo un día el señor Chotard al comentar un texto de Elien—, consiste en atraer al ejército enemigo á un desfiladero y despachurarlo, haciendo rodar sobre él grandes rocas.

No nos comunicó si el ejército enemigo tenía con frecuencia la bondad de prestarse á esta maniobra. Pero tengo prisa en llegar al punto por el cual Chotard se ilustró en los entendimientos de todos sus discípulos.

Nos ofrecía para asuntos de composiciones, tanto latinas como francesas, combates, sitios,

ceremonias expiatorias y propiciatorias, y corrigiéndonos aquellas narraciones desplegaba toda su elocuencia.

Su estilo y su oratoria expresaban en los dos idiomas el mismo ardor marcial. A veces interrumpía el curso de su idea para dispensarnos de los castigos merecidos; pero el tono de su voz permanecía heroico hasta en aquellos incidentes, de modo que hablando alternativamente con el mismo acento, como un cónsul que exhorta á su ejército y como un profesor de tercer año que distribuye malas notas, sumergía las almas de sus discípulos en un espanto tanto mayor cuanto que era imposible saber si era el cónsul ó el profesor quien hablaba. Excedióse cierto día en un discurso de aquel género, un discurso incomparable, que aprendimos todos de memoria; tuve buen cuidado de escribirlo en mi cuaderno sin omitir nada.

Helo aquí tal y conforme lo pronunció, tal y como lo oímos y lo oigo aún, pues me parece que la gruesa voz del señor Chotard resuena todavía en mis oídos y los invade con su solemnidad monótona.

«ÚLTIMAS PALABRAS DE DECIO MUS»

«Pronto á sacrificarse á los dioses Manes, y oprimiendo con la espuela los ijares de su corcel im-

petuoso, Decio Mus se vuelve por última vez hacia sus compañeros de armas, y les dice:

«—Si no guardáis mejor el silencio, os impondré un arresto general. Entro por la patria en la inmortalidad. El abismo me espera. Voy á morir por la salvación de todos. Señor Fontanet, me copiará usted diez páginas de los elementos. Así lo ha decidido en su sabiduría Júpiter Capitolio, el eterno guardián de la Ciudad Eterna. Señor Nozière, si, como creo, traslada usted su ejercicio al señor Fontanet para que lo copie, como acostumbra, escribiré á su señor padre. Es necesario que un ciudadano se sacrifique por la salvación común. Envidiarne y no lloréis. Es estúpido reirse sin motivo. Señor Nozière: el jueves estará usted castigado. Mi ejemplo vivirá entre vosotros. Señores: sus burlas son de una inconveniencia que no puedo tolerar. Informaré al señor provisor de su conducta, y veré en el seno del Elíseo, abierto á los manes de los héroes, las vírgenes de la República colgar guirnaldas de flores al pie de mis imágenes.»

En aquel tiempo tenía yo una prodigiosa propensión á la risa. La ejercí por completo con las últimas palabras de Decio Mus, y cuando después de darnos el más poderoso motivo de risa, el señor Chotard añadió que es idiota reirse sin motivo, metí la cabeza en un Diccionario y perdí

el conocimiento. Los que no han sido sacudidos á los quince años por un ataque de risa furiosa, bajo una lluvia de malas notas, desconocen una voluptuosidad.

Pero no hay que suponer que yo sólo aprovechara la clase para divertirme. A mi manera era un buen humanista. Sentía con mucha fuerza lo que hay de amable y noble en lo que se llaman las bellas letras.

Ya entonces me atraían la clásica latinidad y el castizo francés, gusto que todavía no he perdido, á pesar de los consejos y ejemplos de mis más dichosos contemporáneos. Me sucedió respecto á este particular lo que sucede comúnmente á las personas cuyas creencias se desprecian. Me sentí orgulloso de lo que acaso era solamente ridículo. Me obstiné con mi literatura y he seguido siendo un clásico. Podrán tacharme de aristócrata ó de mandarín; pero creo que seis ó siete años de cultura literaria comunican al entendimiento bien preparado para recibirla, una nobleza, una elegancia, una distinción, que no se obtienen por otros medios.

Yo he disfrutado con delicia á Sófocles y á Virgilio. El señor Chotard, lo confieso, el señor Chotard, ayudado por Tito Livio, me inspiraba ensueños sublimes. La imaginación de los niños es maravillosa. ¡Cruzan magníficas imágenes por

la cabeza de los mozalbetes! Cuando no me producía un ataque de risa, el señor Chotard me llenaba de entusiasmo.

Cada vez que su voz gruesa de predicador pronunciaba lentamente esta frase: «Los restos del ejército romano ganaron Canusium, favorecidos por la noche», yo veía pasar en silencio, á la claridad de la luna, en el campo solitario, por un camino rodeado de tumbas: fisonomías lívidas, manchadas de sangre y de polvo, cascos abollados, corazas empañadas, de espadas rotas. Y aquella visión, medio velada, que se borraba lentamente, era tan grave, tan sombría, tan fiera, que mi corazón saltaba dentro de mi pecho dolorido y admirado.

## X

## LAS HUMANIDADES

Voy á decirles lo que me recuerdan todos los años el agitado cielo de otoño, las primeras cenas á la luz de la lámpara y las hojas amarillentas en los árboles que se estremecen; voy á decirles lo que veo mientras atravieso el Luxemburgo en los primeros días de Octubre, cuando está un poco triste y más hermoso que nunca; pues es la época en que las hojas caen una á una sobre las blancas espaldas de las estatuas. Lo que veo entonces en aquel jardín, es un muchacho que con las manos en los bolsillos y su cartera á la espalda, se va al colegio saltando como un gorrión. Mi pensamiento solamente le ve: pues aquel muchacho es una sombra; es mi propia sombra como fuí hace veinte y cinco años. Verdaderamente me interesa aquel muchacho, y cuando existía no me preocupaba de él; pero ahora que ya no existe, le quiero mucho. Valía más que los otros yo que le sucedieron en mí. Era muy aturdido; pero no era malo, y debo hacerle la justicia de que no me ha dejado un solo recuerdo desagradable; inocente

le perdí y es muy natural que lo sienta; es muy natural que lo vea con el pensamiento y que mi espíritu se entretenga en reanimar su recuerdo.

Hace veinte y cinco años en semejante época, atravesaba ántes de las ocho este hermoso jardín para ir á clase. Tenía el corazón un poco oprimido; era la apertura del curso.

Sin embargo, trotaba con los libros á la espalda y el peón en el bolsillo. La idea de volver á ver á sus compañeros llenaba de alegría su corazón: ¡Tenía tantas cosas que decir y que oír! ¿No necesitaba saber si Laboriette había cazado mucho en el bosque del Aigle? ¿No necesitaba contar que él había subido á caballo por las montañas de Auvernia? Cuando se hace una acción semejante no es para dejarla oculta. Y, además, ¡es tan agradable volverse á ver con los compañeros! ¡Cuánto deseaba encararse con Fontanet su amigo que se burlaba de él con tanta gracia, Fontanet que menudo como un ratón y más ingenioso que Ulises, se adjudicaba siempre el primer papel, con una gracia tan natural!

Animábale mucho la idea de verse de nuevo junto á Fontanet. Así atravesaba el Luxemburgo respirando el aire fresco de la mañana. Todo lo que veía él entonces lo veo yo ahora. Es el mismo cielo y la misma tierra; las cosas tienen el alma de otro tiempo, el alma que me alegra, y me

entristece y me conmueve; pero *él* ya no está.

Por lo cual, á medida que envejezco me intereso más y más por la apertura de curso.

Si hubiese estado interno en un colegio, el recuerdo de mis estudios me sería cruel y lo alejaría. Pero mis padres no me educaron así. Estaba externo en un antiguo colegio un poco monacal y oculto; veía todos los días la calle y la casa, y no estaba separado como los internos de la vida pública y privada. Por eso mis sentimientos no eran los de un esclavo; se desenvolvían con aquella dulzura y aquella fuerza que la libertad comunica á todo lo que crece en ella. No se mezclaba ningún odio. Mi curiosidad era buena y ansiaba conocerlo todo para estimarlo todo. Cuanto veía en mi camino: la calle, los hombres, los animales, las cosas, contribuía más de lo que se pudiera creer á hacerme sentir la vida en lo que tiene de sencillo y profundo.

Nada tan á propósito como la calle para hacer comprender á un niño la máquina social. Es necesario que haya visto por la mañana las lecheras, los aguadores, los carboneros; es necesario que haya examinado las tiendas de ultramarinos, las carnicerías, las tabernas; es necesario que haya visto pasar los regimientos con su música á la cabeza, que haya respirado, en fin, el aire de la calle, para sentir que la ley del trabajo es divina y

que cada cual tiene que cumplir su misión en el mundo. He conservado de aquellas correrías de la mañana y de la tarde, de casa al colegio y del colegio á casa, una curiosidad afectuosa por los oficios y las gentes de oficio.

Debo confesar que no sentía por todos un afecto semejante. Las papelerías que presentaban en sus escaparates aleluyas fueron al principio mis predilectas. ¡Cuántas veces, con las narices pegadas contra el cristal, he leído de cabo á rabo las leyendas de aquellos dramas imaginarios!

Aprendí mucho en poco tiempo: las había fantásticas, que hacían trabajar á mi imaginación y que desarrollaban en mí esa facultad, sin la cual no se consigue nada, ni aun en el terreno experimental y en el dominio de las ciencias exactas. Las había que, representando la vida bajo una forma inocente, conmovedora, me hicieron observar por primera vez la cosa más terrible, ó mejor dicho, la única cosa terrible: el Destino. En fin, mucho debo á las aleluyas.

Más tarde, á los catorce ó quince años, ya no me detenía en los escaparates de las tiendas de ultramarinos, cuyas cajas de frutas en dulce me parecieron, durante mucho tiempo, admirables.

Despreciaba las mercerías y no trataba de adivinar el sentido de la *Y* enigmática que brilla en oro sobre su rótulo. Apenas me detenía para

descifrar los jeroglíficos inocentes, representados en la verja historiada de las tabernas, donde se veía un membrillo ó una estrella en hierro forjado.

Mi espíritu, más culto, sólo se interesaba ya en los puestos de estampas, en los escaparates de los baratillos y en los estantes de las librerías de lance.

¡Oh viejos judíos sórdidos de la calle de Cherche-Midi! Inocentes libreros de los muelles, mis maestros, ¡cuánto tengo que agradeceros! Tanto y mejor que los profesores de la Universidad, hicisteis mi educación intelectual. Honradas gentes, habéis esparcido ante mis ojos encantados las formas misteriosas de la vida pasada y toda clase de preciosos monumentos del pensamiento humano. Revolviendo vuestras cajas, contemplando vuestros polvorientos escaparates, llenos de pobres reliquias de nuestros padres y de sus bellos pensamientos, me penetraba insensiblemente de la más sana filosofía.

Sí, amigos míos, repasando los libros roídos por los gusanos, viendo los hierros viejos y las maderas apolilladas que vendíais para vivir, adquiri, siendo muy niño, un profundo sentimiento de la corta duración de las cosas y del vacío de todo. Adiviné que los seres no eran más que imágenes que varían en la universal ilusión, y desde enton-

ces he sido propenso á la tristeza, á la dulzura, á la piedad.

Como ven ustedes, las enseñanzas al aire libre me fueron muy provechosas, y más aun las de la vida doméstica. Las comidas en familia, tan apacibles cuando las botellas son transparentes, el mantel blanco y los rostros tranquilos, la comida diaria con su charla familiar, comunica al niño el gusto y la inteligencia de las cosas de la casa, de las cosas humildes y santas de la vida. Si logra la dicha de tener, como yo, padres inteligentes y buenos, las frases que en la mesa oye le inspiran un sentimiento de justicia y un deseo de ternura. Come todos los días el pan bendito que el padre espiritual partió y dió á los peregrinos en la posada de Emmaús. Y como ellos, dice: «Mi corazón se abrasa de amor en mi pecho.»

Las comidas que los internos toman en el rectorio, no tienen ni esta dulzura ni esta virtud. ¡Oh, qué buena escuela es la escuela de la casa!

Sin embargo, comprenderían mal mi pensamiento si creyeran que desprecio los estudios clásicos. Creo que para formar una inteligencia, nada vale tanto como el estudio de las dos antigüedades según los métodos de los humanistas franceses. La palabra humanidades, tan hermosa como es, no tiene aún bastante nobleza para designar las artes que dignifican al hombre, con

arreglo á la idea más elevada que pueda concebirse.

El muchacho de quien les hablaba hace un momento con una simpatía que me perdonarán quizá, calculando que no es egoísta porque se dirige á una sombra del pasado, el muchacho que atravesaba el Luxemburgo saltando como un gorrion, era—les ruego que lo crean—, un buen humanista. Saboreaba en su alma infantil la fuerza romana y las grandes figuras de la poesía antigua. Todo cuanto veía y sentía en su deliciosa libertad de externo, mirando las tiendas y comiendo con sus padres, no le hacía insensible al hermoso lenguaje que enseñan en el colegio. Lejos de eso, se mostraba todo lo ático y también ciceroniano que se puede ser entre una colección de mozalbetes regida por inocentes mascarones.

Trabajaba poco por la gloria, y no brillaba mucho en el cuadro de honor; pero trabajaba mucho porque le divertía, como dice La Fontaine. Sus versiones no tenían mal giro, y sus discursos latinos hubiesen merecido las alabanzas del Inspector sin algunos solecismos que generalmente las estropeaban. ¿No les he contado ya que á los doce años Tito Livio le arrancaba lágrimas generosas?

Sólo al penetrar el espíritu griego se le reveló la belleza en su magnífica sencillez. Pero ya era tarde. Las fábulas de Esopo le habían ya enne-

grecido el alma. Un profesor jorobado las explicaba; jorobado de cuerpo y de alma. ¿Ven ustedes á Thersyte conduciendo á los jóvenes Galates á los bosques de las Musas? El muchacho no lo concebía. Creerán que su pedagogo jorobado, dedicándose especialmente á explicar las fábulas de Esopo, era admisible en aquel empleo. ¡Pero no! Era un falso jorobado, un jorobado gigante, sin ingenio, sin humanidad, predispuesto al mal, y el más injusto de los hombres. No servía para nada, ni siquiera para explicar los pensamientos de un jorobado. Además, aquellas fábulas malas y secas, que llevan el nombre de Esopo, han llegado hasta nosotros desfiguradas por un fraile bizantino que tenía un cráneo estrecho y estéril bajo su tonsura. Yo no conocía su origen, y me preocupaba poco de saberlo; pero las juzgaba exactamente lo mismo que las juzgo ahora.

Después de Esopo, nos dieron á Homero. Vi á Thetis levantarse como una nube blanca sobre el mar; vi á Nausica y sus compañeras y la palmera de Delos, y el cielo y la tierra y el mar y la sonrisa entre lágrimas de Andrómaca... Comprendí, sentí, me fué imposible en seis meses salir de la *Odisea*. Fué para mí la causa de numerosos castigos. ¿Pero qué me importaban las malas notas? ¡Cruzaba con Ulises «sobre el mar violado»! Descubrí en seguida los trágicos. No comprendía

gran cosa en Esquilo; pero Sófocles, pero Eurípides me abrieron el mundo encantado de los héroes y heroínas y me iniciaron en la poesía de la desdicha. Cada tragedia que leía, me proporcionaba nuevas alegrías y lágrimas, y nuevos estremecimientos.

Alcestes y Antígona me inspiraron los más nobles ensueños que un niño haya tenido jamás. Con la cabeza oculta en mi Diccionario, sobre mi pupitre manchado de tinta, veía figuras divinas, brazos de marfil cayendo sobre blancas túnicas, y oí voces más bellas que la música más hermosa, lamentarse armoniosamente.

Aquello también me proporcionó nuevos castigos. Eran justos; me ocupaba de cosas ajenas á la clase. No perdí la costumbre. En cualquier género de vida que hiciese temería incurrir en el reproche que me hacía mi profesor de griego: «Señor Nozière, se ocupa usted de cosas ajenas á la clase.»

Pero sobre todo, las noches de invierno, al salir del colegio, me embriagaba en la calle con aquellas luces y aquellos cantos. Leía debajo de los faroles y delante de los escaparates los versos que recitaba luego á media voz al andar. La actividad de las noches de invierno reinaba en las estrechas calles del barrio que las sombras ya envolvían.

Algunas veces, andando embebecido, tropecé

con un aprendiz de pastelero, el cual, llevando una bandeja sobre la cabeza, acariciaba su ensueño como yo el mío, ó sentí súbitamente en la mejilla la respiración ardorosa de un pobre caballo que tiraba de un carro. La realidad no destrufa mi ensueño, porque admiraba mucho mis viejas calles del barrio, cuyas piedras me habían visto crecer. Una noche leí los versos de Antígona junto al farol de un vendedor de castañas, y no puedo después de un cuarto de siglo, recordar aquel verso

¡Oh, tumba! ¡Oh, lecho nuptiall...

sin imaginarme al castañero soplando en una bolsa de papel, y sin sentir á mi lado el calor de la hornilla donde se asaban las castañas; pero el recuerdo de aquel hombre no enturbia las melodiosas lamentaciones de la virgen Tebana.

Así aprendí muchos versos. Así adquirí conocimientos útiles y preciosos. Así formé mis humanidades.

Mi sistema era bueno para mí; pero tal vez no serviría para otro. Me guardaré mucho de recomendárselo á nadie. Por lo demás, debo confesarles que, alimentado con Homero y Sófocles, carecía de gusto cuando comencé la retórica. Fué mi profesor quien me lo dijo, y lo creo sin dificultad. El gusto que se tiene ó se demuestra á los diez y

siete años, raramente es bueno. Para mejorar el mío, mi profesor de retórica me ordenó un estudio atento de las obras completas de Casimiro Delavigne. No seguí su consejo. Sófocles me había hecho adquirir ciertas inclinaciones, de que no pude desprenderme. Aquel profesor de retórica no me parecía entonces, y no me parece ahora tampoco, un exquisito literato; pero á un espíritu triste, unía un carácter recto y un alma altiva. Si nos enseñó algunas herejías literarias, también nos enseñó con su ejemplo lo que es un hombre honrado.

Esta ciencia tiene su valor. El señor Charron fué siempre respetado por sus discípulos, pues los niños aprecian con perfecta precisión el valor moral de sus maestros. Lo que yo pensaba hace veinticinco años respecto al injurioso jorobado y al honrado Charron, lo sigo pensando aún.

Pero la noche descende sobre los plátanos del Luxemburgo, y el fantasma que había evocado desaparece en la sombra. ¡Adiós, pequeño *yo* que perdí, cuya ausencia lamentaría siempre si no resucitaras mejorado en mi hijo!

## XI

## EL BOSQUE DE LOS MIRTOS

## I

Había yo sido un niño muy inteligente, pero á los diez y siete años me volví estúpido. Mi timidez era tanta, que no podía ni saludar ni sentarme junto á cualquiera sin que bañara el sudor mi frente. La presencia de las mujeres me comunicaba una especie de espanto. Observaba al pie de la letra aquel precepto de la *Imitación de Jesucristo*, que me habían enseñado en no sé qué clase, y que no olvidé, porque los versos, que son de Corneille, me parecieron chocantes.

Fuis avec un grand soin la pratique des femmes;  
ton ennemi par là peut savoir ton défaut.  
Recommende en commun aux bontés de Tres-Haut  
celles dont les vertus embellissent les âmes,  
et, sans en voir jamais qu'avec un prompt adieu,  
aime-les toutes, mais en Dieu.